



## RETEJIENDO NUESTRAS RAÍCES

Comunicado n° 10

---

Las Palmas, 19 de Marzo de 2007

---

### *San José, emigrante y compañero de camino*

Muy queridas Hermanas:

Se aproxima la Fiesta de **San José**, santo al cual admiró mucho el P. Cueto por su humildad, sencillez y el amor entregado a Jesús y a María. En esta ocasión, tomamos algunos fragmentos del artículo, escrito por el P. Cueto, titulado: «**Misión providencial de San José**».

Muchas familias, hoy día, tienen que emigrar a otros países para poder vivir. Les persigue el hambre, la enfermedad, la falta de recursos para conseguir una vida digna. Muchos hombres y mujeres, jóvenes y niños, son avisados en sueños de que cruzando el mar, saltando una valla, su vida está a salvo. También, San José, tiene sueños y coraje para ponerse en camino y así salvar la vida de Jesús: «El ángel del Señor se aparece en sueños a José y le ordena de parte de Dios huir a Egipto para que escapase el Niño de las celadas de Herodes; y José y María emprenden su marcha a dicho país antes que se ejecuten los sanguinarios planes».

El viaje de los emigrantes, lo vemos cada día en los Medios de Comunicación Social, es expuesto a mil peligros. Si tienen la suerte de llegar, encontrarán una tierra extraña que les acrecentará más la nostalgia de la que dejaron: familia, paisaje, costumbres... Algo así ve el P. Cueto en estos especiales emigrantes. Al respecto escribe: «Hacer un largo viaje en medio de mil privaciones, y peligros, a una tierra extraña, de otra religión y otras costumbres, y morar en ella por largo tiempo ¿no era una cosa tristísima y llena de dificultades...?».

El P. Cueto no puede pensar en San José sin tener en cuenta a María. Si ambos se han puesto en camino para salvar la vida de Jesús, El P. Cueto resalta la protección amorosa de San José: «¡Feliz esposo que tanto bien

proporcionas a la Madre del mismo Dios!». Su fidelidad, su silencio, tantos gestos que hablan de amor incondicional.

En los últimos párrafos del artículo, el P. Cueto se dirige a San José y le dice: «Más no para aquí tus servicios a la Madre de Dios; todavía te restan otros en esta misma jornada no menos importantes».

Y prosigue: «porque cuando la Virgen descubra el término de vuestro viaje: tierra extraña para vosotros, extraña de todo punto ¿podrán alegrarla las fértiles praderas del Nilo, los sicómoros y las palmeras de las campiñas de Egipto? Podrán hacerla olvidar a su querida patria, cuyo amor el dulce por antonomasia, en expresión de un poeta, cuya verdad todos experimentamos, los altos minaretes, las soberbias cúpulas, los suntuosos edificios, en fin, de la renombrada Heliópolis, de la soberbia ciudad del sol?».

Una cosa es el turismo y otra, muy diferente, dejar el lugar de origen para poder seguir viviendo. No es desapego a su tierra natal, lo que tiene un emigrante que va en pos de una vida digna. Por eso, un nuevo paisaje, aunque sea hermoso, no deja de ser extraño a sus ojos. Así lo siente el P. Cueto: «¡Ah no! Preferibles son para ella las humildes colinas donde se sienta la no menos humilde Nazaret, rodeada de pequeños arbustos, con su modesto caserío. La diferencia del paisaje, por más que sea ventajosa, no da placer a sus ojos, ni gozo a su corazón, sino más bien tristeza y amargura».

«¿Y quién sino el casto, el fiel esposo que Dios la había dado, podía servirla de dulce compañía, de solaz y distracción?»

Si compartir el exilio con las personas que amamos puede hacerse más llevadero, también puede ser motivo de sufrimiento exponer al peligro a esas personas. Pero, en el caso de San José, como en el de tantas otras personas, no había alternativa: la voz que escuchó en sus sueños, le llenó de fortaleza para ponerse en camino. Lo arriesgó todo por Jesús.

Con mucho cariño, desde «El Telar P. Cueto».

M. Beatriz Pérez Navarro  
M<sup>a</sup> Inés Manrique Terceño  
María Teresa Sancho Pascua